

Marcela Serrano

La Llorona



La Llorona la llaman las vecinas de su pueblo. Al igual que el alma en pena de la mujer que llora sin descanso la muerte de sus hijos, así la narradora de esta estremecedora novela no tiene sosiego tras la pérdida de su hija. Y es que además de no tener a su bebé las circunstancias de su deceso son poco claras y las explicaciones de los doctores del hospital nada convincentes.

La búsqueda de una aclaración que le dé paz la llevará a abandonar su pasado de humilde campesina iletrada para convertirse en líder de otras mujeres que han pasado por lo mismo que ella. Sin embargo, en el camino también lo perderá todo.

En esta novela conmovedora Marcela Serrano entrega a los lectores una historia desgarradora sobre la fuerza de la maternidad, la lucha contra la injusticia y el dolor irrecuperable de la desaparición de un hijo.

Para Willie Schavelzon, simplemente



ELLA

1

Tú la mataste.

Eso me dijeron en el pueblo. Y me llamaron la Llorona.

No porque derramara lágrimas sin ton ni son. Nunca regalé el llanto, ni de pequeña. Hoy era calladito. Hasta mis gritos se ahogaban como si me atravesaran la garganta con una herramienta afilada de las que se encuentran en el potrero. Media garganta grita también a medias. Me llamaron así por la leyenda, por el alma en pena de una madre que asesinó a sus hijos ahogándolos en el río. Dicen que vaga por las noches en los lugares cercanos llorando y lamentando sus muertes. Dicen también que las noches de tormenta se abren ante ella sin descanso y el corazón se le escapa del cuerpo junto a sus sollozos. Es la Llorona.

Hubiese sido yo la asesina. Miraría escarbar a los perros, tocaría los nudos, nombraría las cosas, todo lo caído sería sólo lo caído. Pero cuando mis vecinas me vieron volver con las manos vacías, no me creyeron. Que cómo, que ayer la niña estaba bien, que dónde el cadáver, que qué funeral, que nada. Me fui hacia el río como la asesina de la leyenda y lloré.

Lloraba por sus manos calentitas. No tenían ruido esos recuerdos. Había caminado y caminado hiriendo mis pies sin poder creer que hubiese muerto. Las vecinas tenían razón, mejoraba ese viernes cuando la vi por última vez en la hora de visitas. El sábado me la perdí porque estaba en rayos. Hasta el polvo del camino se helaba el domingo cuando llegué al hospital; pensaba en esas manos chiquitas y tibias que me quitarían el frío mío, las que podría besar

cuantas veces se me antojara. Se lo cuento a ustedes, de esta forma me lo dijeron: Señora, su hija ha muerto. Nada más. Que fuera a hablar al primer piso. No podía moverme, sentía mi cuerpo aún más entumecido que al llegar, ya no sólo las manos sino toda entera, la cabeza, el corazón. Nadie me compadecía. Inerte, tomé el teléfono público y llamé al padrino. Seguro que él hizo los trámites, el marido estaba en la construcción y la obra no tenía teléfono. El dueño del taxi de la carnicería fue a avisarle. Recuerdo primero el frío, luego el hielo, al fin la pesadilla. Desperté cuando pedí verla y nadie me la supo encontrar. Se acabó la hora de visitas, me dijeron; que me retirara, que ya era de noche. No me moví. Matarlos a todos, sí, que se murieran. Recé a Dios que enviara un cataclismo y destruyera la ciudad entera, que se derrumbara piedra a piedra todo el hospital y su gente, una a una esas enfermeras que hablan bajito como si consolaran, uno a uno esos doctores, los que no estaban para cosas *administrativas*, como si la muerte fuese cosa de administración, los dioses esos sin alma. Cuando al fin llegó el marido la cosa se puso fea, que quería enterrar a su hija, que quería verla muerta. A puro calmante le bajaron sus gritos. Nos fuimos a la mañana siguiente y la luz barrió la pena helada. Me agité con una rabia nueva, desconocida, era urgente esta rabia, se pegaba a mi esqueleto: debía encontrar el cuerpo de la niña, despedirme de ella.

Fueron dos días de trámites mientras su cuerpecito frío de muerte deambulaba vagabundo en algún lugar sin vestido para enterrarse. Nos recibió el mandamás y nos habló de la incineración. A la hora del fallecimiento no estábamos, según él; hubo que enviarla a la morgue, son los procedimientos, un cuerpo no reclamado, mucho muerto para poco espacio. Yo estaba aquí el día domingo, señor, llegué temprano y no me moví. Silencio. Y estuvimos el lunes, y el martes. No me he movido del hospital. Yo estaba aquí. Yo estaba aquí. Pero nada. Entiendo su arrebato, señora, me

hago cargo de su dolor. El marido se asustó con mis gritos y mi empecinamiento. Con tanta insistencia mía. Recibió el certificado de defunción. Vámonos de una vez para siempre, me dijo, no volvamos a pisar este lugar.

Las cenizas no se visten, las cenizas no pasan frío.

En la única iglesia del pueblo prendieron velas a la virgen, hicieron misa de entierro que no era entierro y cada uno para su casa, mis pechos cargados de leche y, zumbando la cabeza llena de vientos helados, oía el murmullo de las vecinas: la Llorona, la Llorona. Si al menos el marido escuchara, pero él siempre callado, sin meterse con nadie. Su hermana vino a cuidarme.

Se me cortó la leche, no fui más a trabajar y quería morir. Sólo eso recuerdo.

Algún lunes nebuloso lavaba yo la ropa en la artesa cuando algo me pasó por el cuerpo y me quedé sin movimiento. No sé bien qué vi, quizá oí una voz, no lo sé, pero créanme, mi corazón tuvo una certeza: la niña estaba viva. No se les había muerto, me la habían robado. La idea ondulaba en torno a mí, liviana y cierta, como rodea el sol a la mañana. Apurada, me sequé las manos y partí, dejando la ropa mojada y sin colgar. Tomé el colectivo, fui a la obra a ver al marido y se lo conté. Me mandó de vuelta, que para el cuento, que hiciera otro niño, que para eso era joven, que terminara con la historia esta. Ya en la casa tomé una silla de la pieza y la instalé bajo la palma, el único árbol de nuestro jardín. Mi cuñada había partido. Estaba sola. Eso me gustó, me permitía un destierro. Nunca entonces me sentaba a pensar, ni se me ocurría hacerlo, ignorante sobre si otros tenían el tiempo y las ganas de tal ocio. Sólo pensar. Sentada bajo el árbol, en compañía de unos pájaros a los que no miré, cruzadas las manos serenas sobre el vientre, hice un esfuerzo por recordar. Con calma y precisión asalté uno a uno los momentos. Se equivocaban las vecinas si pensaban que, indiferente, le había dado un empujón al tiempo.

El pueblo en el que vivía estaba a media hora de la ciudad que no por llamarse ciudad era grande ni importante. Sólo resultaba la más cercana. Allí, el hospital de mis pesares. También me empeñaba en el lavado aquel día cuando, tendiendo una sábana, levanté los brazos y algo reventó. Un colosal chorro de agua salpicaba todo. Grité a la vecina para que corriera a la carnicería y pidiera el taxi. Aguántese, señora, aguante un poco más, rogaba el hombre, como si no estuviera acostumbrado a los partos en el asiento de atrás. Llegué al hospital de la ciudad con la niña entre las piernas, directa al pabellón. Menos mal, insistía el taxista a quien quisiera oírle, secándose las gotas de sudor con un pañuelo a cuadros, menos mal que la hizo. Y sí, la hice. Un parto fácil y rapidito. Los aullidos, de cuerpo entero, no me fallaron porque no había anestesia para el dolor. La niña salió grande y larga, morenita, con mucho pelo enmarañado y buena salud. Me llevaron a la pieza de posparto con otras cinco mujeres. En la cama del lado izquierdo lloraba una chiquilla de dieciséis años porque había escondido el embarazo con una faja, saliendo de la casa de sus padres por el fin de semana con la disculpa de buscar trabajo. Debía volver lo antes posible, sin nada entre las manos. Pobrecita, quería regalarme a su niño, que por favor me lo llevara y lo criara con la mía. El bebé era de colores claros, muy bonito y mamón, lloraba como un grande y la chiquilla se lo ponía al pecho y entonces lloraba ella. La cama de los llantos, la bauticé yo, si no lloraba una lloraba el otro. Las enfermeras, preocupadas, me llevaron aparte para pedirme que la vigilara: podía matarlo. Bestias envenenadas incapaces de distinguir el miedo de la maldad. Al lado derecho, se hinchaba de orgullo una mujer con su sexto hijo, más manos para labrar la tierra y cuidar a sus animales. Su marido la veneraba por parir tanto varón. Fue una buena compañía, su experiencia ayudó a la mía y me sujetaba la cría cuando me venían los dolores al útero, porque su hijo nunca lloraba y a ella los dolores no la atacaban. Nos conoci-

mos bastante las parturientas, nos obligaban a caminar por la sala y conversábamos y nos ayudábamos con los recién nacidos y la preparación de los tecitos, cada vez más tibios a medida que avanzaba el día, repartían el termo sólo de mañana. Nos permitían una hora de visitas diaria, no siempre funcionaba, los maridos trabajaban y pocas tenían familia en la ciudad. Buscar signos de nacimiento en esos cuerpos tan chiquitos fue un pasatiempo. Por más que busqué, la mía no tenía ninguno. Y si se te pierde, ¿cómo la vas a distinguir?, me preguntó la que lloraba todo el día. ¿Y por qué se me va a perder?, le respondí. Mi vecina mostraba un lunar enorme bajo el brazo de su niño, no importa, decía, si total es hombre. Como si fuera un potrillo ya marcado. Para toda la vida.

Por fin llegó el cuarto día, la fecha de mi alta. Una enfermera nueva se presentó esa mañana, parecía más importante que las otras por el uniforme que llevaba. Habló muy bajo con la chiquilla de los llantos y, apenas hubo cerrado la puerta, ella nos contó: el mismo hospital le había conseguido una madre para su hijo, era un secreto, no habría nada legal, nada de papeleos, perfecto para ella, nadie se enteraría de su situación. Me contó que su papá era capataz de un campo ganadero, orgulloso de su ascenso y cercano a sus patronos, gente muy católica y tradicional. Podría perder el trabajo si se enteraban del desliz de su hija, quien además ayudaba en la casa patronal cuando la familia llegaba a sus vacaciones. El padre de la criatura era un hermano del patrón. Cuando ella le informó del embarazo, él amenazó con deshacerse del niño en su vientre, sabía cómo hacerlo, pero ya era tarde. Sin tristeza, me explicó que él no era malo, sólo venía de una familia estricta. Estaba de novio con una señorita de la capital y esto podía arruinarlo todo. Tan joven la chiquilla y ya tenía un sentido de realidad formado. Bien por ella, pensé, para que no sufra. Se la veía aliviada mientras se preparaba a partir. Quizá se rompiera al separarse del recién nacido, creería en un dios des-

graciado al entregarlo, sentiría un óxido corroyendo algún vacío al partir sin él. Pero no, se marchó a retomar su vida como si el parto no hubiese sido más que un sueño malo.

Partidos ya el dúo de llorones, me adormeció el silencio de la cama a mi lado. Cuando desperté, mi niña estaba ardiendo. Que no me preocupara, dijo la enfermera, sólo tenía fiebre. No me dieron el alta esa noche para llevársela a ella. A la mañana siguiente la vi en una sala con otros recién nacidos y pude tocarla y amamantarla. Tres días estuvo hospitalizada, la fiebre bajaba y bajaba y la vi sana y fuerte en mis visitas. Un virus, me explicaron, en un par de días podría dejar el hospital. Cuando fui a visitarla el sábado estaba en rayos y no pude verla. Ahí detuve mis recuerdos. ¿Para qué las radiografías si sólo tuvo un virus? Que sus pulmones podrían haberse afectado con la fiebre, era bueno revisarla antes de darle el alta. En ese momento agradecí que el hospital se preocupara tanto, las colas en rayos eran largas. Me sentí en privilegio, la loca del privilegio, la loca, la loca. Recién sentada bajo la palma de mi jardín me pregunté si el día de las supuestas radiografías no la tendrían ya en otro lugar, preparando la entrega.

La última vez que la vi, aquel viernes, le prometí traerle un nombre en mi próxima visita. (Todavía no nos poníamos de acuerdo entre los que habíamos elegido). Yo sé que ella lo entendió, sé que sus ojos me vieron, lo sé porque sí, porque la parí. Y le conté, por si no lo sabía, que sus manitas eran tibias y que me gustaban tanto.

Muchos días estuve callada y pensando y recordando. Me portaba bien para no alertar al marido. Veía a la niña sin cesar, a veces sobre la cama, otras en el patio, desnuda. No alcancé a ponerle su ropita, estaba helada. Trataba de hacerla entrar en calor pero se me desaparecía. Entonces rogaba desesperada para recuperar el delirio y volver a tocarla.

A escondidas, visité a una adivina en un caserío cerca del pueblo. Tenía casi cien años y lo veía todo a través de

las hojas del té. Me mordía los labios cuando por fin me senté a su mesa. De antemano prometí que si ella la veía muerta, me quedaría tranquila. Luego de un largo silencio me dedicó una sonrisa pequeña sin un solo diente, y con un manojo de huesos tomó la mano mía. La niña vive, dijo bajito. Me habló de una cuna con velos, de una mujer clara que le cuidaba el sueño. La vio sana. Vive en una casa muy grande, me dijo, debe de ser gente rica. Le pedí la descripción de la casa y el barrio para ir a buscarla. Sólo vio ladrillos rojos, un jardín inmenso y unas ventanas blancas. Nada más.

Salí a buscar. Ni miré el pueblo, no valía la pena. Me fui a la ciudad de mis pesares, tal vez cerca del hospital. Por días y días salía el marido a trabajar y detracito partía yo. ¡Cuántos buses tomé, mamacita! Llegué a conocer metro a metro la asquerosa ciudad esa. Y sus alrededores. Cada suburbio. Nada. Ni ladrillos rojos, ni ventanas blancas ni jardín inmenso. Volví a la adivina. Por segunda vez miró las hojas y por segunda vez apareció la casa. La misma descripción, ningún dato nuevo. ¿Y no se te ha pasado por la mente, chiquilla, que esta casa puede estar en la capital, o tal vez en el extranjero? Con su voz bajita agregó, no sigas, mujer, es el destino.

Fui a la policía y puse una denuncia por secuestro. Esa misma noche llegaron dos agentes a mi casa para que la ratificara. El marido les mostró el certificado de defunción y a la mañana siguiente me mandó al campo, donde mis padres. Estaba descontrolada: esa fue la sentencia.

2

Ser pobre es tantas cosas además de la falta de dinero. Me lo enseñó mi padre en la infancia y lo repitió ahora. Ni él ni mi madre creyeron que estaba loca, ni siquiera errada. No sería la primera vez que a una mujer sin recursos la dejan sin el cadáver de su bebé. Eso dijo mi papá. ¡Ay, si lo hubiese escuchado el marido mío! Pero él nació en la ciudad, no era campesino como yo, creía en otras cosas.

Durante mi embarazo le hablé mucho a la niña. Lo había leído en una revista en el consultorio. Para que no se asustara al nacer, que reconociera algo, aunque sólo fuera mi voz dentro de ese mundo nuevo.

Mi mamá hablaba con las aves y con los animales que estaban a su cargo, no con nosotros. Era cariñosa, pero en silencio. Sin dispendio. De pequeña, me gustaba mi mamá. Rechazaba la injusticia. Si había un pan, se repartía, nada de favoritismos. En eso se diferenciaba de otras mujeres de campo. Mi papá alegaba poco porque ella no le aguantaba. Una vez mataron una gallina y él quería un pedazo grande. El que se rompe la espalda soy yo, me lo merezco, dijo. Ella no respondió, sirvió una presa a cada hijo y luego le pasó la olla. Ni siquiera al plato. Nadie dijo nada, tampoco él. Mis hermanos la respetaban. Cruzaron la frontera durante la crisis y siguieron cruzando fronteras y no volvieron. Le envían dinero. Ella no se queja por no verlos, agradece que estén vivos.

Yo salí habladora, desde chiquita preguntaba todo. Siempre pedía explicaciones y era buena para la risa. Mis hermanos ponían mala cara. Como a mis padres, les gusta-

ba el silencio. Fui la única que terminó la escuela primaria porque no necesité ganar plata temprano. Y porque no deseaba ser analfabeta como mi madre. Las letras me gustaban. A, e, i, o, u, bailaban las vocales por horas en mi garganta. Y más adelante fueron las palabras. Descubrí que usar las palabras era como coser a ciegas, por eso me enamoré de ellas y ellas de mí. Hilos con sonido. Pasaba tantos ratos a solas, me acostumbré al cuaderno, en la mesa de la cocina. Copiaba letras, palabras, más tarde frases enteras. Volvía a escribirlas una y otra vez, hasta que me quedaran bonitas. No me fue fácil, me esforcé mucho. Si todas las mujeres que vinieron antes de una en el tiempo no leyeron ni escribieron, resulta forastero. Los dedos se me encrespaban como si insistieran en ser los dedos de mi madre, de mi abuela, de mi bisabuela. Está en la sangre, dicen.

Vivíamos muy solos, una que otra casa a kilómetros. Mi padre veía a sus compañeros de trabajo en los potreros, nosotros no. A veces pasábamos semanas sin ver a nadie. ¿De dónde salí tan sociable yo? Quizá fue la escuela. Caminaba una hora de ida y otra de vuelta cada día. Cuando lo hacía acompañada, no me paraba la lengua. En las tardes me unía a mis hermanos en los juegos o en los trabajos para la casa. Me incluían a regañadientes, sin hablarme ni tomarme en cuenta. Como se hace con un perro sin amo que los sigue. A cambio, trataba de no hacerme notar. Pero siempre hablé de más y ellos me acallaron. Sin embargo, sabían cuidarme. Me ayudaban a cruzar el arroyo o a escalar una cerca. Me defendían de lo que fuera, una fiera o un hombre. Recuerdo algunas noches en mi cama —ellos dormían de a dos, en cambio, yo tenía toda una cama para mí — pensaba ¡qué buena cosa esta de haber nacido mujer! Juzgaba que mi vida era mejor que la de ellos. Pero no lo decía en voz alta.

Al crecer ya no me integraban en sus correrías. Se hicieron grandes también ellos y los ganó el trabajo de la hacienda. No alcancé a verme abandonada, me absorbía la

escuela y las labores de la casa y el huerto. Fuera como fuera, debían suplirse las manos que salían al potrero. Un día se marcharon, escapando de la policía que recorría de noche los campos buscando insurgentes. Mi alivio fue mayor que mi pena: estaban a salvo. Aquellas horas, las primeras sin ellos, veía todo distorsionado. Las vacas, los pájaros, los perros, hasta las aguas me parecían de piedra, congeladas. Poco a poco entraron en movimiento. Mi padre les advirtió que no se metieran en líos. Pero en ellos primaba el orgullo de mi madre. Los aprobaba en silencio.

Un verano apareció en las misiones un cura nuevo, bastante joven. Estábamos acostumbrados a los curas pero este era diferente. A mí me gustaba andar cerca de él pero me dijeron que eso era pecado y dejé de hacerlo. A diferencia de los anteriores, él no hablaba de la culpa ni del infierno. Le gustaba más contarnos cómo era el mundo que no conocíamos. Hablaba de los derechos de los campesinos. Mi padre escuchaba, ceñudo. Una noche, mi madre — que nunca tomaba la palabra— le contó al cura que a su abuelo lo habían colgado de un árbol delante de todos, ella lo vio con sus propios ojos, por armar discordia con el patrón. Fue todo lo que dijo. Supuse que el orgullo es cosa de la sangre y en mis hermanos, pura herencia.

Mi padre, en cambio, parecía un árbol grueso. Amaba su vida, simple como era. Le gustaba su trabajo, su familia, su casa. No se quejaba. De niña me sentaba en sus rodillas y cuando volvía del trabajo tocaba la armónica mientras se ponía el sol, deteniendo la luz con sus notas musicales. Convencido de que el cielo esperaba su tonada antes de mancharse. Sabía historias terribles, de hombres espeluznantes, de crímenes tremendos. ¡Cómo nos gustaba oírlo y morirnos de miedo! No hacía mayores diferencias conmigo. Desde la cuna me enseñó a tener fuerza. Dejé de llorar siendo muy pequeña, nadie estaba para llantos en mi hogar. Ni cerquita del río ni en las noches de tormenta.

Cerca de nuestra casa vivía un árbol al que le llamaban El de las Verdades. Era tan alto como el firmamento y sus ramas se enlazaban entre ellas como serpentinas gruesas. Las hojas, esmeraldas grandotas, sumaban miles y miles y miles. Contaba la leyenda que si alguien mentía bajo su tronco surgía un poderoso viento y, enojadas, las hojas se alborotaban. Una vez robé el pan de la mañana a mi hermano, lo hice por hambre y por venganza, porque no me permitió asistir al parto de la oveja grande. Enfadado, me delató. Sostuve que el mentiroso era mi hermano. Entre mi padre y él me tomaron en brazos y me sentaron bajo el tronco de aquel árbol. ¿Robaste el pan a tu hermano? Contesté: no he robado nada. Y empezaron a moverse las ramas, hoja por hoja traicionándome. Ante tal respuesta de la naturaleza, estallé en llanto y confesé. Durante tres días hube de entregar mi pan. Fue la última vez que lloré de niña.

Ahora, de vuelta a casa, me encaminé al árbol. Como si pudiera tocarla a la niña de entonces, la antigua robona. La olía a ella y a su inocencia. Quise averiguar cuántas capas de piel habrían de mudarse antes de morir. Tamaño esfuerzo la adultez.

Una tarde observé a mi madre en el fogón mientras revolvía las brasas. Me vino la idea de que no nos conocíamos. Ella vio morir a tres de sus hijos antes del año. Paría en la casa, como las yeguas en el establo o las cabras en el monte. En aquellos tiempos, si los niños enfermaban, con suerte eran atendidos una vez al año por un doctor. Si eran sanos, nunca. La muerte de los hijos es de las madres, me dijo. Cuando murieron los míos, tu padre gastó parte de la cosecha en el funeral que yo deseaba. Les tejí sus ropas y elegí el ataúd, compré las flores y pedí al cura. Porque tu papá entendió que a esa edad los angelitos son de una y sólo una sabe perderlos.

También me dijo: Los ricos hacen lo que quieren. Fue su única alusión al futuro. A cualquier posible futuro de mi niña.